

CAPITULO XXI.

El valor de la desesperacion.



El presentimiento de Anacaona se habia realizado.

Al ver á los guerreros que regresaban:

—¿Y Caonabo? ¿Y mi esposo? preguntó á su caudillo.

—Nos ha mandado volver, porque confia en la lealtad de los españoles.

—No abandoneis las armas aún, exclamó Anacaona; mi corazon me dice que tendreis que esgrimirlas bien pronto para vengar á vuestro rey.

Los indios estaban tristes.

Anacaona abandonó su rústico palacio, y al ver á los ciguayos que con Umatex se dirigian á la montaña:

—¿Y Tambien Umatex ha abandonado á su amigo y señor? preguntó.

—Caonabo le ha mandado retirarse, y á pesar suyo, corre á encerrarse con sus gentes en la montaña donde habita.

—¡Pobre esposo mio! pensó la india.

Y siguió avanzando.

Poco despues vió llegar á los indios que habian acompañado á Caonabo en precipitada fuga.

—¡Deteneos! ¿Dónde está Caonabo?

—Los extranjeros se lo llevan.

—¿Qué decís?

—Le han colocado en uno de sus mónstruos, y han partido con él con la velocidad de la flecha.

—¿Y le habeis abandonado á la negra traicion de sus enemigos?

Los indios no pronunciaron una sola palabra.

Estaban consternados.

Anacaona volvió precipitadamente á buscar á Manicaotex, hermano de Caonabo, y uno de los más bizarros guerreros.

—Manicaotex, le dijo, la maldicion de Vagoniana ha caido sobre nosotros. Los españoles, por medio de la astucia, se han apoderado de Caonabo; le llevan prisionero, y serán capaces de clavar en su pecho un dardo envenenado, y Anacaona llorará á su esposo, Higuamota á su padre.

—Calma tu pena, contestó Manicaotex; yo le salvaré de las garras de nuestros enemigos.

Y reuniendo á los indios:

—Seguidme todos á salvar á Caonabo, exclamó.

La ira ardia en las venas de aquellos soldados.

En sus ojos brillaba un resplandor siniestro.

Todos prorumpieron en gritos de guerra y de venganza.

Poco despues, armados y resueltos á morir ó á salvar á Caonabo, se dirigian á la Vega Real para apoderarse de todos los fuertes que habian construido los españoles, y llegar á la Isabela á darles la última y decisiva batalla.

Anacaona, entre tanto, mandó emisarios á todos los caciques para anunciarles su desdicha.

Todos los sentimientos de su corazon se habian confundido en uno solo: en el de la venganza.

Los caciques acudieron á su llamamiento, se coligaron contra los extranjeros, y ella misma estaba resuelta á guiarlos al combate.

Manicaotex, al frente de siete mil hombres, llegó secreta-

mente á las cercanías de Santo Tomás, deseando sorprender á sus defensores.

Era tarde.

Ojeda, con un gran refuerzo, habia llegado á defender el fuerte.

Uno de los principales deseos del caudillo indio era apoderarse de la mayor parte de los españoles que habia en el fuerte para cangearlos por sus hermanos; y si era tarde, si sus enemigos habian dado muerte á Caonabo, vengar en ellos su indignacion.

No tardó en convencerse de que tenia que renunciar á sorprenderlos.

Temeroso Ojeda de tener que sostener un sitio tan largo como el anterior, dejó en la fortaleza un puñado de valientes y con los demas resolvió salir al encuentro de los indios, para atacarlos en campo raso y darles allí la batalla y vencerlos.

Manicaotex, á pesar de su ignorancia en la táctica militar, habia ideado el mejor medio de utilizar sus tropas.

Formó con ellas como divisiones ó columnas, y las situó convenientemente para que una á otras pudieran prestarse auxilio, y para que á su vez dividieran las fuerzas.

Esto, que peleando con un caudillo ménos audaz que Ojeda hubiera dado grandes resultados á Manicaotex, le perjudicó en extremo.

Ojeda comprendió en seguida sus planes.

—Desbaratando una columna, dijo, las otras se pondrán en fuga.

Averiguó cuál era la que mandaba Manicaotex.

Dirigiendo hácia él sus pasos, le halló al pié de la Cuesta Rasa; como siempre, invocó el nombre de la Virgen su patrona, y mandando avanzar la caballería á través de la nube de flechas que caia sobre ellos, se ó rnoifurosamente sobre Mani-

caotex y los demas, que no pudieron resistir á su empuje, arrojaron las flechas y se pusieron en precipitada fuga: muchos quedaron en el campo, otros huyeron, comunicando su terror á los que formaban las demas columnas, y no pocos quedaron prisioneros.

Manicaotex buscó á Ojeda.

Este, al verle, saltando del caballo y arrojando sus armas, trabó con él cuerpo á cuerpo una desesperada lucha.

El indio cayó á sus piés, y atándole Ojeda los brazos, le envió prisionero con otros muchos á la colonia, mientras que sus soldados reposaban en el fuerte, de las fatigas de la lucha y saboreaban aquel segundo triunfo.

CAPITULO XXII.

Un rayo de luz.



ANICAOTEX llegó á la Isabela con el destacamento que para acompañarle despachó Ojeda, y Colon dispuso que inmediatamente fuese llevado á bordo, sin que pudiera comunicarse con sus hermanos.

En otras circunstancias, aquella nueva victoria hubiera servido de gran satisfaccion al almirante.

Pero entónces tenia el deber de resolver una gran dificultad.

Los víveres que le habia llevado Bartolomé se habian consumido; aquellas luchas parciales retardaban la exploracion del Cibao, que era uno de los mayores deseos de todos los colonos, y habian vuelto á caer en el abatimiento, sin que toda la energía de Colon y de su hermano Bartolomé bastase á calmar la ansiedad de sus compatriotas.

Por otra parte, no podia desechar Colon un solo instante de su imaginacion la idea del daño que podian hacerle los que, burlando su vigilancia, se habian dado á la vela para España en una de las embarcaciones de Bartolomé.

Era necesario de todo punto enviar á los reyes nuevos informes, nuevos testimonios de la importancia del descubrimiento, para contrarestar el mal efecto de las calumnias de Pedro Margarite y del padre Boil.

Este último, ligado íntimamente con Fonseca, gozaba de muy buena reputacion, y su carácter de eclesiástico era una garantía que podia pesar en contra de Colon de una manera desfavorable.

El almirante deseaba enviar á su hermano Diego.

¿Pero cómo?

¿Con qué víveres se entregaba á las olas para pasar cincuenta ó sesenta dias en medio del Océano?

Los frutos de la colonia no eran bastantes para sostener á los marinos, y Colon veia pasar los dias contemplando á sus enemigos, gozosos por acercarse á su patria, y más gozosos aún por desprestigiarle á los ojos de los soberanos.

En medio de esta zozobra, apiadada la Providencia de su situacion, le envió el remedio.

Una mañana muy temprano divisaron á lo léjos en alta mar los que cuidaban de las embarcaciones cuatro puntos negros, que á medida que avanzaban alegraban su corazon.

Eran cuatro buques españoles, que al medio dia llegaron al puerto y desplegaron la bandera.

Inmediatamente pasó el almirante á reconocerlos y con inmensa alegría supo que aquellas cuatro carabelas iban cargadas de provisiones al mando de Antonio de Torres, que llevaba ademas para él despacho de los reyes.

Al recibir aquellos pliegos tembló Colon.

Aún no habia tiempo de que hubieran llegado los conjurados; pero habiéndose fugado el padre Boil y Margarite, ¿no podian sus enemigos haber catequizado á Gorbalan y á Aguado para que hablasen en contra suya?

Miéntas los tripulantes de las embarcaciones recién llegadas abrazaban á sus hermanos y alegraban su corazon, dándoles noticia de su familia y de sus amigos; miéntas en medio de la alegría general se trasladaban á tierra las provi-

siones que habian llegado á bordo, Colon llevó á su palacio á Antonio de Torres, leyó las cartas que le enviaban los reyes, y reunió á los personajes más notables de la colonia para comunicárselas.

Nada más satisfactorio para él que aquellos despachos.

Sus majestades le enviaban cariñosos plácemes por los triunfos que habia obtenido; se manifestaban contentos del resultado de sus exploraciones, mucho más de las promesas que les habia hecho en su memoria de poder enviar grandes cantidades de oro en otra expedicion, y le daban al mismo tiempo una noticia muy satisfactoria.

Era tal el interes que tenian por saber á menudo lo que sucedia en la isla, que habian resuelto enviar todos los meses un buque á la colonia con provisiones, encargando á Colon que á su vez despachase otro en el mismo plazo con las noticias de los descubrimientos que hiciera.

No era ménos grata para el almirante la nueva que le comunicaban de haberse terminado amistosamente todas las diferencias que existian entre España y Portugal.

La línea divisoria que habia establecido el Papa le agradaba en extremo.

Los reyes, deseando que Colon presenciara el acto de establecer aquella línea, le mandaron regresar á España con este objeto, y le encargaban que, en el caso de no poder salir de la colonia, enviase á su hermano Bartolomé, ó á otra persona de su confianza, con los datos precisos para llevar á cabo tan importante empresa.

Otro de los documentos de que Antonio de Torres habia sido portador, era una carta de los reyes, dirigida á todos los habitantes de la colonia, encargándoles la mayor obediencia y acatamiento á Colon, en el que debian ver la imagen suya, conminando á los que faltasen en lo más mínimo á estos deberes á la multa de mil maravedís por cada ofensa.

Antonio de Torres añadió que los soberanos habian expedido órdenes para facilitar el pasaje hasta las tierras descubiertas, con el objeto de colonizarlas pronto y bien.

No era posible esperar de los reyes comunicaciones más lisonjeras que aquellas.

Era, pues, necesario enviar cuanto ántes noticias del estado de la colonia y grandes cantidades de oro que atestiguaran la verdad de los informes que dieron sus enviados.

De buena gana hubiera accedido á sus deseos, poniéndose en camino para asistir al trazado de las líneas divisorias entre España y Portugal.

Pero la necesidad de su presencia en la colonia le impidió realizar este deseo.

No queria desprenderse, por otra parte, de su hermano Bartolomé, cuya energía, ingenio y consideracion podian serle muy útil.

Resolvió, pues, enviar á Diego.

Reunió grandes cantidades de oro, recogió ademas varias muestras de otros metales, y con ellas algunos frutos, diversas plantas y las más preciosas aves, con lo cual llenó los buques que debian darse á la vela.

Al mismo tiempo dispuso que fueran á bordo quinientos prisioneros indios, para que se vendieran en Sevilla é ingresase su producto en las arcas del tesoro. (A)

Aconsejaronle que enviase á Caonabo; pero Colon no quiso.

En su palacio se le trataba, á pesar de estar prisionero, con los mayores miramientos, y lo mismo para la paz que para la guerra, podia servirle de mucho.

Se proponia manifestar á los indios que si cesaban las hostilidades, al cabo de algun tiempo, cuando estuviera convenido de su amistad, dejaria libre á Caonabo.

Si esto no bastaba, y por casualidad alguno de los jefes de la colonia caia en poder de los indígenas, podia servirle para el rescate.

De cualquier modo, resolvió que se quedase allí.

A los pocos dias de la llegada de Torres estaba todo dispuesto para su regreso con Diego Colon.

El hermano del almirante debia acompañar á Isabel Montegudo, que desde la desaparición de Alonso Velez habia permanecido subyugada por el peso de su desdicha.

Debía tanto á Colon, que durante su enfermedad no quiso separarse un solo instante de su lado.

Alonso habia logrado convencerla de su arrepentimiento.

Su corazon se habia abierto de nuevo á la esperanza.

El desengaño que sufrió fué terrible.

Al pronto deseó la muerte.

Pero despues, más encarnizada que nunca, deseó la vida, resuelta ya á no volver á creer en sus falsos halagos, y á satisfacer la sed de venganza que la devoraba.

Era natural que muy pronto saliese alguna expedición con rumbo á España.

Si Colon la veia agitada, si adivinaba el rencor que ardia en su corazon, no la dejaría partir.

Aparentó una calma, una resignacion que no tenia.

Cuando llegó el momento, suplicó al almirante que la concediese su promesa de volver á España.

Colon accedió á sus ruegos.

Le dió una carta para los reyes, pidiéndoles que la hiciesen justicia y que la consideraran.

Diego abrazó á sus hermanos.

Los colonos más enfermos fueron trasladados á bordo.

Sonó el cañonazo de leva, y las embarcaciones partieron.

Iban á llegar tarde.

Las víboras que habia alimentado Colon en su pecho habian arrojado ya el veneno que debia amargar los últimos años de la existencia del ilustre marino.

La actitud de los indios obligó á Colon á pensar seriamente en los medios de contenerlos.

En vez de apaciguarse al verse sin jefe, la ira ardia en su pecho, la sed de venganza les devoraba.

Vamos á ver qué es lo que habia hecho Anacaona.

CAPITULO XXIII.

Entereza de Caonabo.



UMENTÓ la desesperacion de la esposa de Caonabo la derrota de Manicaotex.

Aquel nuevo golpe que habian sufrido sus guerreros les inhabilitaba por algun tiempo para esgrimir las armas contra sus enemigos, y la reina india, más enamorada que nunca de su esposo, necesitaba rescatarle.

¿Qué podia hacer para conseguirlo?

Resuelta á todo, sin decir nada á nadie, ni aun á su pobre hija, á quien confió al cuidado de una de sus más fieles servidoras, con seis indios abandonó precipitadamente su palacio de Xaragua, y á través de las espesas selvas se encaminó hasta la Fortaleza de Santo Tomás.

Al verla el soldado que estaba de centinela, dió parte de su llegada á Ojeda, y éste salió á su encuentro.

Anacaona habló al guerrero.

—Tú has sido, dijo reconociéndole, el que me has arrebatado la felicidad; pero no vengo á culparte, eres enemigo de Caonabo y le has vencido: la gloria es tuya; pero compadécete de mi dolor.

Yo no puedo vivir sin él.

La alegría se ha alejado de mi corazón, el sueño de mis ojos; mi pobre hija Higuamota llora á su padre.

Compadécete de nuestra desventura; devuélveme á mi esposo, y yo te juro en nombre de Vagoniana aprisionarle en

mis brazos para que no vuelva á esgrimir su punzante lanza contra tí y tus hermanos.

La emocion ahogaba á Anacaona.

—Yo nada puedo hacer para calmar tu pena, dijo Ojeda; vé á ver al almirante, implora su piedad, y para que te escuche voy á hacer que te acompañe á su palacio uno de mis soldados.

Dispuso Ojeda que Hernando de Guevara, jóven oficial que se habia distinguido por su bravura, y que estaba dotado de los más nobles sentimientos, acompañase á Anacaona y á su servidumbre hasta la Isabela para que pudiera presentarse á Colon.

Por el camino que habian trazado los españoles llegaron en breve Guevara y la esposa de Caonabo á la morada del almirante.

El infortunio de la pobre reina se habia hecho interesante á los ojos de su guía.

Habló á Colon y el almirante recibió á Anacaona.

La desventurada reina repitió sus súplicas.

Colon la trató con la mayor benevolencia.

Consoló su quebranto, y le manifestó que solo de una manera concederia la libertad á Caonabo.

—Yo te respondo de su vida, le dijo; no le faltará nada mientras esté bajo mi dominio; pero es preciso que yo esté convencido de su arrepentimiento, que yo esté seguro de que ni él, ni los demas caciques de su isla, usarán hostilidad contra mí, y entónces volverá á tu lado y enjugará tus lágrimas.

—¿Cómo puedo probarte, exclamó Anacaona, mi voluntad de acceder á esas condiciones?

—Dándome franca entrada en el Cibao, dejándome establecer en los puntos que yo designe de la isla fortalezas con destacamentos de soldados míos, y sometiéndooos todos á la fe

católica y al imperio de los reyes que aquí me han enviado.

—Déjame hablar con mi esposo, y te responderé despues.

Colon dió orden para que llevasen á Anacaona á la habitacion en donde estaba encadenado Caonabo.

La desconsolada esposa quiso arrojarse en sus brazos.

Los soldados de Colon se lo impidieron.

Caonabo oyó de los labios de su amada las proposiciones que habia hecho Colon.

—No quiero mi libertad á ese precio, exclamó. Prefiero morir mil veces por mi patria. Y tú, tú has hecho mal en venir á arrojarte á las plantas del extranjero para pedirle perdon: los de nuestra raza sucumben ántes.

Si algo me amas, si el amor de nuestra hija basta para que accedas á mis ruegos, para que cumplas mi voluntad, aléjate de aquí; corre á la montaña, llama á los caciques, busca á Biautex, el venerable butio, congégalos á todos, incítalos á la pelea, que caigan como rayos sobre los extranjeros, y si ha llegado para ellos la hora de la muerte, que arrastren en su destruccion á los que han venido á hollar nuestro vírgen suelo. La muerte es preferible á la deshonra.

Anacaona juró á Caonabo cumplir su voluntad.

Separándose de él, compareció de nuevo en la presencia de Colon.

—¿Accedes á mi pacto? le dijo el almirante.

—No; tú me has herido de muerte; quiero la guerra, y la habrá.

—Vuelve entónces á tu hogar, contestó el almirante, y ruega á Dios que te arrepientas pronto de esa resolucion, que envuelve tu desgracia y la de tus hermanos.

Anacaona se dispuso á partir.

Colon mandó á Guevara con cuatro soldados para que la acompañasen hasta su territorio, encargándole que explorase

de paso la verdadera actitud de los indios, y contase sus fuerzas.

Uno de los soldados que acompañaban á Guevara se llamaba Roldan, y prendado de la hermosura de Anacaona, en el primer alto que hicieron para llegar al Cibao, aprovechándose de que dormian Guevara y sus demas compañeros, entró en la choza donde descansaba la reina con ánimo resuelto de ultrajarla.

Anacaona se evadió de sus manos, y llamando á Guevara, se vió libre de sus persecuciones.

Guevara castigó á Roldan, mandándole arrestado al fuerte de Santo Tomás con los otros tres soldados que le acompañaban.

Anacaona agradeció en extremo al jóven español la proteccion que le habia dispensado.

—Desde este momento eres sagrado para mí y para los indios.

Y dándole el collar de guaninos que llevaba:

—Ponle á tu cuello, añadió, y no tengas cuidado; nadie se atreverá á disparar contra tí ninguna de sus flechas.

Guevara acompañó á Anacaona hasta Xaragua, y la afligida reina halló todavía en su alma generosidad para pagarle los favores que le habia dispensado.

Le hospedó en su palacio, y aunque ardia en su corazon un odio inmenso hácia los extranjeros, colmó á Guevara de atenciones.

Este bizarro soldado cayó enfermo.

Durante quince dias con sus noches no se separó de la cabecera de su hamaca Higuamota, la hermosa hija de Caonabo y de Anacaona, y le acompañaban para cuidarle las demas servidoras de la reina.

Anacaona obedeció las órdenes de Caonabo.

Antes de partir á buscar á Biautex para coligarse con los demas caciques, se despidió de su hija.

Higuanamota, que en el lenguaje haitiano queria decir Flor de las Montañas, estaba en el albor de la juventud.

Era el vivo retrato de su madre.

Su belleza no tenia igual.

La pobre niña lloraba al saber que la tentativa de su madre habia sido inútil, que Caonabo no volveria, que gemia bajo el peso de las cadenas de los extranjeros.

—¡Pobre hija mia! exclamó Anacaona. Tus hermosos ojos, que han tomado su luz del sol, se inundan de lágrimas. Calma tu agitacion; confia en el poder del brazo de nuestros guerreros, en la santidad de la causa que defendemos. No llores más, porque tus lágrimas abrasan mi corazon.

—Salva á mi padre, exclamó la pobre niña, y mientras tú vas á buscar los guerreros, yo velaré por el extranjero que está en nuestro palacio. ¡Que tu piedad hácia él le inspire la piedad de los españoles hácia mi padre!

Era la media noche.

La luna derramaba un resplandor siniestro.

Parecia proyectar sobre Haiti la sombra de la muerte.

Anacaona, con las conchas sagradas en el cuello, ligera como el coris (B), abandonó su palacio de Xaragua, en donde dejaba á su hermano Boechio, enfermo tambien como el español y poseido de una intensa calentura.

Avida de encender el sentimiento de la venganza en el corazon de todos sus vasallos, atravesó los bosques y las llanuras, subió con los cabellos flotando al viento, adornados con negras plumas, símbolo de su desesperacion; subió, repito, las montañas con rapidez pasmosa.

Treinta flechas envenenadas con guao y jugo de las yerbas mortíferas del Yuna (C) llenaban su carcax.

Los caciques de las montañas salian á su encuentro asombrados.

Guaorocaya, sobrino de Anacaona y capitán de sus guerreros, oyó de sus labios las órdenes de Caonabo.

Inmediatamente puso en pié de guerra á todos sus soldados, y Umatex mismo, saliendo de su retiro y poniéndose al frente de los ciguayos, se dispuso á pelear.

Todos volaban al encuentro de Anacaona.

El cuadro era magnífico.

Anacaona, en medio de la montaña, con su cabeza adornada de plumas negras, el carcax sobre el hombro, con el arco y la flecha envenenada en la diestra, estaba rodeada de sus caciques, y á corta distancia millares de guerreros aguardaban sus órdenes.

La desesperacion se pintaba en el rostro de todos.

Mayabonex, jefe de los soldados de Guarionex, abandonando la entrada de una caverna, en donde se habia colocado para vigilar los movimientos del enemigo, se presentó á Anacaona.

—¿Qué pretendes hacer? la dijo. ¿A dónde guías tus pasos? ¿Qué sentimiento llena tu alma?

—Voy á la cumbre del Xaragua, en donde nace el rio Nisao.

Nadie se habia atrevido á llegar á aquella altura todavía.

Anacaona se puso en marcha, y los caciques la siguieron silenciosamente.

Atravesó la cuesta Rasa, siguiendo las orillas del Pani, hasta llegar á un paraje en donde aquel inmenso rio se quiebra y forma cuatro torrentes espantosos.

Al llegar allí, los caciques se detuvieron asombrados.

El formidable ruido que producian los torrentes al caer sobre el abismo bastaba á erizar sus cabellos.

Una estrecha vereda, suspendida como un puente colgado

sobre el abismo, abría paso á una caverna donde moraba el gran Butio Biautex.

Anacaona avanzó por aquella vereda, y los caciques la aguardaron.

Tenia que atravesar el rio.

Quitándose del cuello las conchas sagradas, las dejó á las orillas del Pani.

Los caciques quedaron custodiándolas.

Anacaona se lanzó al agua, y cruzando las cristalinas ondas, llegó á la orilla opuesta.

Atravesó la cuesta Rasa, subió de nuevo á las montañas, y con la ligereza del águila llegó á la cumbre del Xaragua, terrible roca suspendida sobre el Lago de la Muerte.

Biautex, el venerable butio, el respetado y temido cacique de las montañas, por medio de una calle que formaban las espesas guazumas (D) que abrían paso á su choza, salió á su encuentro.

CAPITULO XXIV.

Una triste profecía.



NA blanca cabellera coronaba su cabeza.

Una profunda cicatriz sombreaba su arrugada frente, y sus ojos, profundos y brillantes, parecían dos hogueras continuas en el fondo de un abismo.

Adornaban su cuello tres hicos, ó hilos de maguey, de los que pendían dientes de caribes que había muerto con su propia macana. (E)

Un hacha de piedra, dura como el acero, incrustada en una rama de majagua, y armada con dientes de caiman, ocupaba su diestra.

—Biautex, exclamó Anacaona al verle, oye mis penas, disponte á aconsejarme.

—Habla, Anacaona, habla, respondió el anciano.

—El extranjero se ha apoderado de mi esposo Caonabo, del invencible guerrero, del grande y generoso soberano:

Cuacanajari á abandonado cobardemente á sus hermanos.

Boechio, moribundo en la hamaca de los reyes, espera exhalar el último suspiro, y los butios se preparan á separar del cuerpo su cabeza.

Guarionex, que ha sido débil y ha ofrecido su amistad á los españoles, convencido de su perfidia y temeroso de su denuedo, ha abandonado con su tribu las risueñas orillas del Faquí, y se ha ocultado en las montañas.